

JOSÉ NOGALES

EL ROCÍO

CARTAS LITERARIAS

PREMIADAS POR EL

Ateneo y Sociedad de Excursiones
de Sevilla

EN EL CERTAMEN DE 1900

SEVILLA

Imprenta de F. de P. Díaz, Gavidia 6

1900

ANT
XIX
1276/10

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66

Plaza de la Villa, 1

MADRID

EL ROCÍO

14 cms.

R.44.940

JOSÉ NOGALES



EL ROCÍO

CARTAS LITERARIAS

PREMIADAS POR EL

Ateneo y Sociedad de Excursiones

de Sevilla

EN EL CERTAMEN DE 1900

SEVILLA

Imprenta de F. de P. de Díaz, Gavidia 6

1900

TEMA 2.º— *Tres cartas literarias cuyo asunto sea la descripción de una fiesta andaluza.*
—PREMIO: *Un objeto de arte, regalo de S. A. R. la serenísima Sra. Infanta D.^a Isabel, condesa de París.*

CARTA I

Algo daría yo por ver, sin que me vieran, el mohín que harás «al recibo de estas cortas letras...», porque lo que menos podrías imaginar es que me metí á romero, y aunque sin bordón, tenga toda la traza de los tales, según estoy de sudado y correoso, y con más polvo encima que vaca de diligencia.

Sí, señora prima: yo, el comodón, yo, el tumbonazo, á quien V. favoreció con el sacratísimo nombre de

Fr. Pedro de la Quietud, estoy enjaretando estos renglones en el propio real del Rocío, en estrecho aposento de una casa mayordomal, delante de la cual bailan no sé cuántas docenas de parejas, al son de otras tantas docenas de tamboriles y pitos de fresno, según el ruido que hacen. Alúmbrame un candil de feria, que nuestro buen amigo don Bartolomé fué á buscar por ahí, en mangas de camisa, como estamos todos, y creo que encontró en un puesto de avellanas y garbanzos tostados: porque te advierto que aquí lo que no se tiene, se pide; y lo que no se pide, se toma; pues, como en «aquella dichosa edad y siglos dichosos aquellos,» no son conocidas estas dos palabras de *tuyo y mío*.

Mi señora doña Micaela no da paz á la mano en multiplicar la habitación, haciendo de una cuatro, merced á unas sogas del carro y á las piadosas

sábanas que nos sirvieron de toldo y de cortinas durante el viaje. Esta alma de Dios lleva á todas partes su espíritu casero y su eterna inquietud de hormiga hacendosa. Creo que el haber rebasado la cumbre de los cincuenta, tan soltera como cuando nació—único pecado que no confesará en sus días—es causa de su desasosiego y de ese afán de trastear y removerlo todo, sea donde sea, como si su propia cama la llevase encima.

Y para que mi curiosa prima no pierda el sueño, ni se desmejore cavilando por qué y cómo su *Fr. Pedro* echóse al mundo en romería, cosa tan fuera de su condición y su regla, diréte que, de una parte los ruegos de doña Micaela y de su hermano don Bartolomé, de otra las voces y animación del pueblo, y, por último, una súbita curiosidad que hubo de entrarme por *lejano contagio*, pusiéronme el pie en el estri-

bo—en la rueda, mejor dicho—y dieron con mis huesos en el carro engalanado por manos femeniles.

—¡Hola! —oigo que dices.—¿Conque ruegos, consejos y curiosidad...? ¿Y la devoción, señor primo....?

También, también, Luisilla. No me darás con tu fragante devocionario en la cabeza: que tres buenas cintas tengo compradas y una gentil rosa de hilillo de plata, bendecidas por el padre Capellán, mi buen amigo, que vale más oro que pesa. Y ¡mira que pesará sus diez arrobas, como todo el mundo sabe!

Salimos ayer viernes, y fuimos á sestear más allá de la puente romana de Niebla, cabe un charco de agua dulce y frigidísima, en que llenamos los piporros y botijones y metimos el vino como en nevera. Allí encontramos una Hermandad de que es mayordomo un cojo, amigo mío, más malo que la qui-

na en esto de hacer tretas para embro-
mar al prójimo. Juntáronse á sestear
hasta unos veinte carros y más de
sesenta jinetes en todo linaje de ca-
ballerías. Con el calor, cantaban las
cigarras y estaban callados los tambo-
riles; salieron á relucir las repletas
alforjas y á la sombra de los carros, de
la puente y de unos tejares, comimos
y bebimos, y yo metí la cabeza en el
charco é hice más abluciones que mu-
sulmán devoto.

Con la fresca—una fresca perfecta-
mente imaginaria—se removió el con-
curso: allí fué el cantar, y el vocear, y
el repicar de panderos y castañuelas,
y más al dividirse la caravana, echando
la Hermandad hacia La Palma, y nos-
otros, con cuatro ó cinco carretas de
séquito, en guisa de atajo, hacia Ro-
ciana, en demanda de ciertos húmedos
y fresquísimos pinares que al otro lado
de la villa se extienden.

Subíamos la empinada cuesta del *Alcornocal*, llena de sol, que va desarrollándose en múltiples curvas á través de verdes y lozanos viñedos por los que corre la rica savia del Condado, y al arrullo del *tínguili tínguili* de las esquilas, del zumbir de las cigarras y del incesante cantar de la gente moza, iba yo adormeciéndome, mirando aquel paisaje estival en donde, aquí, allá, acullá, por todos los lejanos caminos, se movían unas manchas blancas que brillaban al sol, y eran otras tantas carretas ensabanadas, de la alegre romería que llenaba el campo.

Una de las mozas que con nosotros vienen, especie de *Altisidora* un tanto rústica, ojo derecho de doña Micaela, rompió á cantar á grito herido:

Las carretas compuestas
Van al Rocío;
Móntate en la culata,
Moreno mío.

Y otra, que iba zaguera, en son de respuesta echó al aire la conocida copla:

La carreta y los bueyes
Son de mi padre:
El carretero es mío:
Dios me lo guarde.

Con lo cual hubo donaires y pullas para nuestro carrero, hermoso ejemplar que aún no há tres años que «metió la mano en quintas» y todavía se pone colorado con estas bromas.

El ruido aumentaba al par que ascendíamos y entraba en los pulmones algún soplo de aire fresco. De vez en cuando se arrimaba al carro algún sediento, y, según de qué fuera la sed, le alargábamos el barquino ó la bota. Tú que conoces á don Bartolomé, supondrás que me fué hablando en parábola todo el camino. Aquí lo tienes: tan viudo, — hay quien opina que nació en ese estado, — tan cacicón, y tan moralis-

ta. Su filosofía lo lleva siempre al lado de quien manda y su fórmula política es ésta, que me repitió mil veces: «que no jueguen los burros y paguen los arrieros.»

Su apreciable hermana doña Micaela me cuida á cuerpo de rey: suya fué esta ocurrencia de la romería, pues ya sabes que la buena señora siente como pocas el fervor mariano, que es el mejor que pudiera sentir. Cuéntame que estuvo en Piedras-Albas y en la Peña, en los Ángeles y hasta en Tudía..., y de cada excursión de éstas tiene recuerdos chistosos de lances que le acontecieron. En todos esos zarandeos la acompaña *Altisidora*, y de ahí su bonísima amistad, aparte de que la buena gracia de la moza lo merece.

Al entrar en Rociana, nos tomaron por Hermandad hecha y derecha, y hasta repicaron las campanas: salió

una turba al camino para hacer reverencia al simpecado, cosa que, por nuestra desgracia, no había; y viéndonos tan sin tamboril, comenzaron á mosquearse los muchachos, y algunos á proveerse de *almendrilla*, como si los hubiésemos estafado. En poco estuvo que no asomase yo por los barales á doña Micaela, á ver si, juzgándola tamboril, nos dejaban en paz. Salvónos un oportuno golpe de castañuelas y panderetas, con que atronamos el pueblo.

Seguimos, dando cada tumbo, que rascábamos el toldo con la coronilla, como codornices en jaula, y no te digo con qué deleitosa sensación nos hundimos en la sombra fresquísima del pinar. Aquel rumor quejumbroso y acompasado con que se mueven las copas de los árboles; aquella penumbra olorosa; aquel perfumado gotear de la resina; aquella bóveda ondulante y dilatada, que el sol no cala sino por

contados resquicios; aquel suelo resbaladizo, alfombrado con espesa capa de filamentos secos, en que crecen ahiladas plantas de olor vivificante: toda aquella majestad de la Naturaleza solitaria fué como profanada por nuestro ruido y por los ecos de nuestra regocijada comilona.

No sé de qué artes se valieron para sacarme de aquel benditísimo pinar, en cuyas frescuras hundíme como en baño. El caso es que volvimos al corro, y al meneo, y á las copletas, y á los dichos sentenciosos de D. Bartolomé, sin tener yo otro amparo que la bota, ni otro refugio que el recuerdo de mi adorable prima...—«¡Cursi, cursi!» —oigo que dices con tu boquilla de media almendra, ni más ni menos que si te espetara una declaración amorosa, cosa de que Dios me libre.

Así, entre sueños, ví una Hermanidad, un tropel de gente á caballo, con

un simpecado que rozaba el ramaje...; varias carretas, allá, por distintos sitios, como velas blancas perdidas en aquel mar de sombras y verdura...; recuerdo que hice reverencia á un pino muy grande, del que me contó no sé qué cosas D.^a Micaela, y que entramos en Almonte, mejor dicho, en un campamento sin disciplina, en que mulas, carros, romeros y vecinos nos confundíamos, sin lograr los últimos entendernos. ¡Y eche Vd. coplas! Todos los acordeones, guitarras, panderos y palillos se volvieron locos de atar, y no digo nada de los cantantes: creo que hasta D. Bartolomé soltó la suya. No me atrevería á jurarlo, pero en aquella baraúnda filarmónica oí su voz dando al aire alguna sentencia, acaso acaso una de sus fórmulas políticas, rimada por el propio cosechero.

Doña Micaela y las mozas encontraron posada; su señor hermano y un

servidor de usted nos acomodamos en el corro. ¡Cristo, qué ronquidos los del catoniano varón, el de «jueguen los burros y no paguen los arrieros!» Acor- daréme mientras viva.

Á los carreros y jinetes les dió ¡ay! por velar, y yo velé con ellos. ¡Qué noche! Considera, alma cristiana, lo que sería de tu *Fray Pedro*, medio tendido en una tabla, alta de un lado y baja del otro, con los huesos de las caderas ardiendo como en fragua, de tanto volverse y revolverse, desvelado por los gritos y canciones, y con un órgano expresivo de aquel sonoro calibre á dos palmos de sus castigadas orejas!

Quiso Dios que viniera el día y con él empezase la marcha de la ya respectable caravana: entramos con todo el peso del calor por esta antigua dehesa de *La Rocina*, donada por Alfonso XI al Concejo de Niebla, y dimos vista al

anhelado Santuario, con casi tanto júbilo como los cruzados al divisar los muros de Jerusalén.

Acampamos, porque había que organizar la entrada, que no puede hacerse hasta la tarde, y, temeroso de alguna insolación en esta llanura arenosa y salobre á la que llegan las brisas del mar apenas salvan las famosas playas de Castilla, quedéme bajo el toldo, en tanto que no sé cuántas Hermandades llegaban y se disponían en orden, entre inmensa turba de gente retozona y movediza, que se revolvía con inquietud de hormiguero y con zumbiar de enjambre, al son de los tamboriles y demás instrumentos, entre confusión de gritos y cantares, pataleo de ganado, estallido de cohetes y el repicar incesante y jubiloso de las campanas de la Ermita...

Entramos... Pero esto pide capítulo aparte. Ríndeme el sueño; el candil

apesta á demonios; el ruído de la zambra llena el espacio y hay un gentil jergón de mullida paja que me espera...; que me está llamando.

Hasta mañana, prima..., y que Dios te guarde.



CARTA II

Creerás, ¡oh prima! que tan pronto como dí el tumbo encontré el sueño de que estaba harto necesitado. Como nunca viniste á esta romería, es en ti *dispensable* la suposición. Cual puntual cronista, dejo para su lugar la relación de los sucesos que alargaron mi vigilia más de lo que yo quería.

Decíate que entramos triunfalmente en el Rocío, y añado que esta entrada es famosa y uno de los más pintorescos espectáculos del mundo. Sin otra autoridad que la tradición, ni otro elemento ordenador que el popular entu-

siasmo, organizóse la procesión, que fué desfilando por delante de la Ermita. Creo que el orden que siguen las Hermandades es éste: Almonte (que es la primitiva), Villamanrique, Pilas, La Palma, Moguer, Sanlúcar, Triana, Umbrere, Coria del Río, Huelva... y no sé si alguna más. Los jinetes, solos ó con mozas á las ancas, iban y venían, hostigando á las bestias, que parecían todas picadas del tábano. Los tamboriles fingían una no mal concertada tormenta y no se oían los pitos en aquella inmensa confusión de voces, vivas, relinchos, mugidos y estruendosos repiques de panderetas y palillos. Todas las mujeres iban cantando y era de ver cómo á los tumbos de las carretas se zarandeaba aquel vistoso cargamento humano, de tan ruidosa alegría acometido. Distinguíanse bien las carretas en que vienen puestos los pendones y simpecados, unas con templetes á la

moderna, otras con ricos y añejos atavíos, tiradas por bueyes adornados de vistosos cinchos y altísimos frontiles, que relumbraban á los rayos del sol poniente y recordaban algo los adornos con que á esas sagradas bestias decoraban los egipcios. Al pasar esas carretas por delante del Santuario, los mansos animales doblaban las rodillas pesadamente, á una señal que les hacían con las picas engalanadas, y vieras allí el redoblar del entusiasmo fervoroso, el aumentar de los vivas, el estallar de mil cohetes y girándulas que rasgaban el cielo, no azul entonces, sino dorado con tinta crepuscular de oro viejísimo... En tanto, la muchedumbre se desplegaba por esta llanura henchida de olores de pinar y de marisma, en que la rara procesión se alargaba en una curva infinita, con un vibrante ondular de animal vivo y ruidoso...

Entre aquel estruendo saltaba como
flecha sonora la copla popular:

En el Real del Rocío
Vamos entrando,
Arrecogiendo flores
Y haciendo ramos.

Y con un martilleo lírico, afirmando
cierta supremacía legendaria, no cesa-
ban de repetir el consabido estribillo:

Nadie se pique;
Que se lleva la palma
Villamanrique.

Realmente se llevan la palma las
trianeras, con sus carretas vistosas, su
desenfado picaresco, su incesante gui-
tarreo acompañado de palmas, sus ves-
tidos pomposos en que cruje el almi-
dón y huele la limpieza, su gracia y
donaire en el cantar, en el decir, en el
cimbrear del baile, en carros repletos,
en que ni aun sentados se puede estar

sin dar y recibir crueles cabezazos.

Acamparon las Hermandades en los sitios ya designados; encendieron todos los candiles; formáronse los ranchos; juntaron en grandes grupos las caballerías, pensadas y abrevadas; llenóse el templo de fieles que llevaban velas y exvotos ó pedían reliquias, y por todo el real se extendió un súbito afán de brincar, bailar y retozar, como si á toda esta muchedumbre la hurgasen tarántulas.

Mi buen amigo el P. Capellán convidóme con lo mejor que tiene .encerrado en el camarín: un mayordomo diónos posada en un aposentillo en que hay mil trebejos y que doña Micaela compartió de la manera que te dije, y, cuando molido y desencuadernado recogíme á buen vivir, armaron baile á la puerta y aproveché la vigilia poniéndome á escribirte lo que en mi primera carta va contenido.

Dejé el hilo de esta relación en el punto y hora en que el *coronista* cayó en su jergón como piedra en pozo. Á media rienda entrábase el infeliz por el sueño, cuando oyó en el vecino camarote rumor de lucha y claras y continuas bofetadas, mientras que don Bartolomé gruñía ciertas nadá ortodoxas interjecciones. Creí que los hermanos reñían, cosa que me espantó, y más cuando redoblaron las palmadas por el lado en que reposaba doña Micaela y oíla también rezongar malhumorada y doliente. Buscando explicación andaba, cuando súbito me dí dos bofetones y solté dos ternos de rito solemne, y tan pronto como dejé el rostro acudí á otras partes, defendiendo mi persona de un enjambre de mosquitos corace-ros, que, lanza en ristre, cargaban con hambre de nacimiento, pues sólo durante la santa romería pueden hartarse. Ello es que, acribillado de tanto

alfilerazo venenoso, bramando de impotente ira, huí del foco, dejando que el enemigo se cebase en las inocentes carnes de mis amigos. Como el hartazgo es padre de holganza, hubo tregua, y aprovechéla volviendo al colchón, aunque temeroso de que otra horda nos dejara en los huesos. Apenas llegó el sueño fué interrumpido por unas mozas que entraron á sacar jarros de vino de cierto barril que á la cabecera de doña Micaela había.

Roncaba la buena señora llevando el contrapunto á su hermano, que parecía rana, según lo grave y acompañado del resuello, cuando comenzó á gemir con la pesadilla, y luego á lamentarse diciendo que estaba en un charco, y, por último, á pedir socorro con desahoradas voces. Acudimos y vímosla nadando en mosto, revolviéndose en la colchoneta, de la que salió cual bicho borracho. Causó aquella desgra-

tia el descuido de una moza que dejó á medio cerrar la canilla del barril, por lo que la cuitada señora tuvo larga ducha y baño *gratis*, con el aditamento de susto, sobresalto, pesadilla y soponcio, amén de cierto amago de embriaguez de lo que entró por los poros sin poderlo remediar.

Con estas y las otras, como el alba se iba anunciando, dejé «las ociosas plumas» mayordomales y comencé á pasear por el real, un tanto sosegado en aquellas horas. Vi los infinitos ranchos de gentes durmiendo, unas, debajo de las carretas, otras, á cielo limpio, sin más tapadera que un costal, ó sin tapadera ninguna, y, discurriendo entre esos grupos, como rata nocturna, iba mi amigo el cojo con dos ó tres ayudantes, haciendo tretas, tiznando con tapones quemados la cara á las mujeres, poniendo despaviladeras ardiendo en las narices á los hombres, atando á

muchos de los pies y pinchándolos con alfiler para que con el dolor se levantasen y bruscamente cayesen, con toda la variedad conocida de chanzas de entremés y romería.

Y es de notar que, aunque algunos se enfaden y aun, enojados, tiren de la navaja, todo se compone y aquieta con un «¡viva la Virgen del Rocío!» y cuando esto no basta, dos morrocotudos bonetazos del Capellán — que todos los años rompe uno — restablecen la paz y concordia entre estos príncipes cristianos.

Apenas empezó á clarear, despertaron los tamboriles, siguieron las guitarras, desperezáronse las castañuelas, panderetas y acordeones con los triángulos y pitos. Nunca vi un tan alegre despertar de la muchedumbre. Según el orden de los ranchos, *incensados* ya por el humo de los primeros buñuelos, bailaban al fresco, y aquí se oían los

jipíos trianeros; allá las seguidillas pileñas; en otra parte el fandanguillo de Andévalo; acullá la clásica copleta valverdeña, que huele á alfajores:

Al pilar de Valverde
Voy á dar agua...;

por allí, la endecha minera y la malagueña de la serranía, y hasta la seguidilla culterana de la gente alosnera, que no pierde ripio siempre que puede en dar la noticia de que

La hermosa *Judi*
Venció á Holofernes.

con la erudita y consabida,

Segundo Marco Antonio
Soy en quererte;
Que á vista de Cleopatra
Se dió la muerte.
Y de este modo,
Tu serás la Cleopatra,
Yo Marco Antonio.



Por cierto, prima, que tarde olvidaré la impresión recibida en este regocijado amanecer, viendo á una vieja de aquel terruño cantar, acompañándose del adufe, una canción morisca, del todo morisca, una de cuyas coplas es como sigue:

Siempre en mi fe constante,
Voy con precaución,
Por si acaso algun día
Mudas de intención.
Voy con temores,
Porque nunca te alabes
De mis favores.

¿No sabes qué es un adufe? Un pandero moruno, grande y cuadrado, que tañen á dos manos y aún usan en sus típicas fiestas los del Andévalo.

Ya bien entrado el día, empezaron las misas, y la iglesia no se desocupó. Matamos el gusanillo con buenas tortas con que el Capellán agasajóme y

conocí á cierto matrimonio que viene todos los años á solicitar no sé qué milagro. El milagro no se realiza, y si es lo que presumo, no será grano de anís. No hay más que ver la endeblez y apocamiento del Registrador—que tal oficio tiene—y la lozanía y exuberancia de la Registradora, para juzgar que hay desequilibrio y poca conveniencia de edades y complexión.

Recordé aquellos versos de Baltasar del Alcázar á otro matrimonio por el estilo, y á punto estuve de soltárseios al Registrador:

Pintábaos fuerte varon
Dentro en la imaginación;
Pero ya la pobre entiende
Que fué tesoro de duende,
Que se convirtió en carbón.

Pero ¡qué tonto soy! Te hablo de cosas que para ti son textos hebreos. He visto á la Virgen con su áureo vesti-

do en forma de campana, que, según dicen, costearon los hermanos Tello de Eslava y el canónigo Carrillo, y tomara yo que no lo hubiesen costeado, por ver la efigie en la propia talla del siglo XV, en que se apareció al cazador, según la tradición piadosa. Ya sabes que esta imagen debe de tener en la espalda una inscripción latina, que declarada en castellano dice: «Nuestra Señora de los Remedios,» título y advocación que fueron convirtiendo en el de *La Rocina* y del *Rocío*, por el nombre de la dehesa en uno de cuyos árboles la encontraron.

Son buenas las ráfagas de plata labradas á martillo que rodean la imagen; no así las representaciones pictóricas de los milagros operados por su intercesión. De estos exvotos los hay por cargas, sin que falte su buen golpe de pelo en trenzas, muletas y mortajas, con miembros de cera y faluchos

de á palmo, testimonios de piedad sincera y recuerdos candorosos de muchos dolores.

El día lo pasamos bien..., salvo el ruído, salvo el calor y salvo los mosquitos... ¿Pero esta gente es de hierro? me pregunto al ver bailar á todo el mundo, lo mismo al sol que á la sombra, en la arena ardiente y á la vera del pozo, detrás de la Ermita, dentro de las casas de cofradía... La fiesta está en su punto: los puestos y carros, con sombrajos de blanquísimas sábanas, alegran la llanura; el hormiguero humano no cesa de moverse con sordo zumbido; el sol implacable parece llover polvo de fuego sobre la angustiada tierra, y allá á lo lejos, detrás de unas matucas grises en que empieza la marisma, suenan unos tamboriles, llenando el campo de ecos pastorales que huelen á idilio.

Yo sí que no sé á lo que huelo, mas

de seguro no es á ámbar, según los humos de sartén con que me sahuma-ron.

Tuyo hasta la muerte, el caballero de tal y tal.



CARTA III

Con el poco dormir y el grandísimo cansancio, ando por aquí como sonámbulo, prima mía. Ya no sé si las cosas pasaron en un día ó en otro, y con este tamborileo incesante los sesos se me hacen agua.

Anoche hubo gran rosario de gala, que hizo estación en los sitios donde acampan las Hermandades. Con este motivo hubo refresco en todas ellas y, cuál más cuál menos, quemaron vistosos fuegos de artificio y derrocharon los cohetes. Dicen que los navegantes que á esas horas buscan la entrada de

la barra de Huelva ven estos fuegos, y desde el mar les parece cosa divina este lujo y esplendor. Parecíamelo á mí, que estaba en tierra, porque te juro que ninguna fiesta tan verdaderamente popular y andaluza vi en mi vida. Aquí el pueblo es amo y señor, sin que ningún poder, si no es el de su entusiasmo y fervor, lo refrene, y en esta confusión, en que la bebida no se tasa ni se atan las lenguas, apenas sucede cosa fuera de los términos del orden.

La marcha del rosario parece una fantasía; aquel relumbrón de faroles en el obscuro campo; aquel largo desfile de luces movedizas entre la masa rumorosa de gente que reza ó canta; las posadas ante las Hermandades apercebidas con sus estandartes, sus varas doradas y sus carretas engalanadas con ramas de adelfa y hierbajos bien olientes; todo aquel estruendo en que se confunden voces, músicas, rezos, re-

piques y estallidos, es algo conmovedor que lleva al corazón alegría: la alegría de vivir entre gentes buenas, que saben ver el mundo por el lado menos feo.

El mayordomo de Almonte invitó á las Hermandades para la función de hoy, y con este motivo hubo muchos comedimientos y cortesías, que no dejan de ser graciosos. Acabado el rosario, continuó la danza y jaleo, y algo más tarde repitióse la escena de los mosquitos, que verdaderamente nos comen. El Capellán brindóme con cierto refugio seguro dentro de la Ermita, de que él tiene la llave, y me apresuré á aceptarlo, dejando á mis amigos que se defendieran, y aun advirtiéndole á doña Micaela que mudase de cama, por si acaso sobrevenía otra inundación, de la que habría mil envidiosos.

Antes de la función se celebraron no sé cuántas misas, que oyeron las

Hermandades, y en la Ermita no cabía un grano de trigo. Cuando empezó la solemne pensé ahogarme: tal era el calor. El sermón fué de lo bueno; al ménos, ningún otro me hubiese parecido mejor, dicho en aquel púlpito desde el cual se ven leguas de campo y se oye el balido de los ganados marismeños. Mi buen amigo el P. Capellán echó «el de siempre,» y ojalá no lo varíe, pues, como él dice, para quien es padre, buena está la capa; esto es refiriéndose al auditorio; que por lo que toca á la Virgen, para él no hay nada en los cielos ni en la tierra como la Señora.

Acabada la misa, salió la procesión. Todo cuanto te diga es poco para ponderarte la majestad de esta sencilla ceremonia. En pleno campo, bajo un cielo azul purísimo que el sol abrillanta, muévase el ordenado concurso; las Hermandades, por su categoría, con

todos sus estandartes é insignias, con sus tamboriles batiendo una pomposa marcha pastoril, los romeros que cumplen votos, las músicas, la clerecía, con sus ropajes blancos y dorados, la Virgen, áurea, refulgente, llena de luz y de amor, entre ráfagas que parecen rayos del sol mismo, con su corona estrellada, hollando la luna y bendiciendo los campos henchidos de aromas, con su sonrisa de paz y de alegría.

Al columpiarse los incensarios, parecen luceros que van y vienen, guiando el trono por el mundo; chorros de humo azul y oloroso envuelven la imagen; gritos mil de un entusiasmo que hinche los corazones mueven el aire, sacudido á la vez por centenares de ruedas y cohetes que estallan y se desgranán en la altura. Todas las músicas lanzan sus sonos, todas las campanas, sacudidas por febriles manos,

estremecen el concurso con el vibrar de sus bronces; la tierra arde, los ojos lloran, las manos se alzan en un anheloso afán de llegar hasta la Virgen, y ojos piadosos creen ver cómo el pozo rebosa y echa sus aguas fuera, al paso de la procesión y á vista de la imagen.

En esto, óyese un clamoreo que parece un trueno lacrimoso... Algún milagro: algún mudo que habla; algún paralítico que estira sus remos...; el suceso siempre pedido y siempre esperado.

Desde lo alto de las carretas las mujeres gritan, gesticulan y envían besos á la Virgen; los hombres gritan también y, como espoleados por súbitos impulsos, galopan jinetes en sus caballos andaluces, como corriendo la pólvora por aquel llano ardoroso.

Te digo que no puedes imaginar cosa más bella ni más soberbiamente pintoresca que esta procesión sin

alcaldes, sin civiles, sin más bastones de mando que las varas doradas de los mayordomos y el bonete giganteo del señor Cura.

No queda un romero sin su cinta y su rosa plateada, y las llevamos además por docenas, para regalo de los que no vinieron. De estampas, un cargamento; y de rosarios y medallas, por fardos.

Cuando la Virgen entró en su casa entró el vértigo de marchar á toda la gente. Yo me he metido en el aposento mayordomal para escribirte ésta, en tanto que enganchan las mulas y preparan el carro. Y como todo el mundo trajina en lo mismo, el real parece el campamento de un ejército que se da á la fuga.

Doña Micaela está que trina: háse encontrado al carrero con una zangarrana muy decente y trae á las mozas al retortero, recogiéndolo todo, aco-

modándolo todo, con su espíritu casero de hormiga hacendosa. Don Bartolomé echa tabaco y filosofa, dejando hacer á su hermana, en tanto que afuera se oye el estruendo de la marcha, las voces de los carreros, el pataleo de las bestias, el són de los incansables y durísimos panderos (que aún viven, aunque parezca milagro), el coro más incansable de las voces humanas y el golpeteo de la porreta en el parche de los zumbadores tamboriles...

Al pasar por delante de *mi* aposento, va cantando un mozo:

¡Qué sola te queas,
Virgen del Rocío!
¿Pa qué quiés más compañía
Que la de tu Niño?

Sí: ¡qué sola te quedas! Nuestro carro es el último que sale del real. La caravana inmensa se desparrama á lo lejos con toda su gritería. Aquí queda

sola y triste esta llanura salobre, impregnada de olores de marisma, manchada por los detritus y despojos que trajo la ola humana. Una augusta serenidad va envolviendo el paisaje: los altos pinos mecen su fronda con rumor de rezos y suspiros; las matucas marismeñas se desperezan á los soplos de la brisa salada; el campanario blanco y silencioso parece un palomar saqueado; la llanura descansa, el terruño duerme...

¡Al carro, eh, al carro! me gritan. Al carro ¡ay! y que Dios me ampare. Pero yo también he de soltar la *mía*, ahora que estamos solos:

¡Qué sola te queas,
Virgen del Rocío!

.

Adiós, adiós, tunantuela. Compadéceme... ¡Ruega por mis huesos!...





